

# Comentario a la obra de Ulrich Beck: *Sociedad en riesgo, hacia una nueva modernidad\**

William Leiss\*\*

**E**stos libros son tres en uno y solamente la inteligencia y el coraje del autor los mantienen unidos, cual si formaran un solo ensayo, inspirado en temas más amplios, que ha probado ser interesante para los lectores en su lengua materna (está catalogado como un *best-seller* académico en Alemania y ya lleva tres ediciones) y lo será, salvo mejor opinión, para los lectores de esta traducción. Los tres libros son como sigue: 1) Una valiosa contribución a la teoría de la sociedad industrial y al concepto de “modernidad”, situada dentro de la larga tradición que surge con Marx y Weber y se extiende ante todo a través de la teoría crítica; 2) Una crítica del papel de la ciencia y la racionalidad instrumental en la sociedad moderna que, como muchas otras, delinea su inspiración en aquellas dos obras extraordinarias: *La dialéctica de la Ilustración* y el *Eclipse de la razón* (este último no está citado); y 3) Una teoría acerca de una forma distintiva de la sociedad (“sociedad en riesgo”) que incluye una

\* Ulrich Beck. *Sociedad del riesgo, hacia una nueva modernidad*. Trad. del alemán por Mark Ritter con una introducción de Scott Lash y Brian Wynne. Londres: Sage Publications, 1992 (primera edición 1986), 260 pp. Trad. del inglés por María Teresa Flores Revilla, coordinadora de lenguas extranjeras (UAM-I). Búsqueda, selección y permiso para la reproducción del texto por César Cisneros Puebla (UAM-I).

\*\* Simon Fraser University.

perspectiva particular sobre la forma en que experimentamos en la actualidad los riesgos en la salud y el medio ambiente. Dado su amplio espectro, el libro de Beck sólo podía haberse escrito en forma de ensayo, como una serie de oraciones esencialmente declarativas —*obiter dicta*, como están— que requieren que el lector llene los espacios y que crea bastante en su veracidad. En este estilo de presentación, los fragmentos del mundo empírico sólo pueden imponerse como una ilustración o un ejemplo, el cual se supone representativo de la descripción completa.

El libro número uno, la teoría de la sociedad industrial y el concepto de “modernidad reflexiva”, tendrá el más amplio atractivo y, en efecto, como lo advierten los autores de la nota introductoria, su perspectiva encuentra un sólido apoyo en los puntos de vista análogos pero independientemente formulados de una autoridad tan prominente como Giddens. El excelente señalamiento que hace es que la primera fase completa de la sociedad industrial (¿digamos 1800-1950?), con sus drásticas transformaciones en muchos aspectos de la vida cotidiana, ocultó su enorme dependencia en las formas sociales tradicionales —particularmente la conservación de los viejos roles sexuales y familiares—. En su fase más reciente, estas formas están igualmente experimentando un cambio radical: por ejemplo, el que un gran número de mujeres ingresen en la fuerza de trabajo remunerada y desafíen al sexo dominante aún estereotipado y profundamente atrincherado ahí, dentro de un contexto más amplio en el que la clase altamente estratificada y las desigualdades sociales persisten. Beck nombra a esto la progresiva “individualización de la desigualdad social”. Aquí son esbozados otros cambios que se han vuelto considerablemente más notorios en los últimos años, tales como: el desempleo estructural, el cambio de empleos de tiempo completo a tiempo parcial y la erosión de la estabilidad en la vida laboral tanto en los empleos para profesionistas como para los obreros; todos los observadores están de acuerdo en que éstos son los desenvolvimientos trascendentales para el mundo industrializado, pero como dice Beck, la mayor parte se han reducido a una simple especulación acerca de lo que todo esto significa para el fundamental desarrollo económico y político a largo plazo de tales sociedades.

El segundo libro, que se declara aquí y allá, en el texto, y que

ocupa un capítulo completo titulado “¿La ciencia más allá de la verdad y la Ilustración?” , tendrá un atractivo más restringido. Los signos de interrogación están bien situados e indican la naturaleza tentativa de las conclusiones de Beck. En aras de la continuidad del hilo central de su argumento, de hecho se le pide a Beck que sostenga que la ciencia natural también se torna “reflexiva”, ya que su reinado se pone en entredicho al desafiarse su “monopolio” sobre la verdad. Aquí se empieza a ver la falta de detalles y ejemplos. Si la preocupación aquí es atacar (nuevamente) la filosofía del “cientificismo” la cual entiendo como una pretensión intolerable hecha por algunos defensores de las ciencias naturales, en el sentido de que solamente éstas proporcionan bases sólidas para el conocimiento verdadero en todos los campos, entonces muy bien podemos aceptarlo. Y si la preocupación es socavar el efecto práctico del científicismo en la sociedad, el cual consiste en reclamo de que los practicantes de la ciencia debieran ocupar una posición privilegiada con respecto a las decisiones políticas acerca de la administración de riesgos y otras cosas (la variante contemporánea de la antigua tecnocracia), también, desde luego, podemos aceptarlo.

## 2

Sin embargo, en el libro de Beck, como en otros dentro de la misma tradición (también Habermas luchó con esto antes de darse por vencido), siempre parece haber algo más que el cuestionamiento de la ciencia —y al final, el lector es acosado para que descubra qué es—. Beck termina apelando a una nueva “pedagogía de la racionalidad científica”, pero es imposible decir lo que ésta lograría o por qué la necesitamos.

El tercer libro es el más singular, y de alguna manera el más innovador. Beck estuvo bastante adelantado a su tiempo al llamar la atención sobre la importancia del concepto de riesgo y la práctica del manejo del riesgo como rasgos esenciales de la sociedad moderna, y debemos felicitarlo por su previsión. Desde la primera vez que completó su obra, los adelantos han confirmado la importancia de su punto de vista y, sin duda, en el futuro la relevancia de los debates sobre el riesgo quedará de manifiesto en for-

ma consistente. Pero él quiere llegar más lejos, y si hay alguna falla en ello, puede deberse a que su pensamiento es inherente a la teoría social alemana, especialmente en lo tocante al deseo de transmutar cada nuevo fenómeno sociológico descubierto en el más reciente capítulo de la dialéctica histórica mundial (parece que los franceses hacen lo mismo con los fenómenos psicológicos).

Beck escribe: “El riesgo puede definirse como una forma sistemática de abordar los peligros e inseguridades inducidos e introducidos por la propia modernización” (p. 21). Y “en contraste con todas las épocas anteriores (incluyendo la sociedad industrial), la sociedad en riesgo está caracterizada esencialmente por una carencia: la imposibilidad de una atribución externa de peligros. En otras palabras, los riesgos dependen de las decisiones, son industrialmente producidos y en este sentido son políticamente reflexivos” (p. 183). Ahora el asunto verdaderamente importante aquí, donde podemos coincidir con Beck, es que la sociedad industrial marca una transición —de hecho, un parteaguas en la historia humana— desde una condición humana ligada con riesgos naturales (enfermedades, inundaciones, hambruna y similares) y condicionada por la amenaza socialmente determinada de la invasión o la conquista, por las formas regresivas del pensamiento y la cultura y por el rigor de las estructuras de clase, se pasó en forma inadvertida a la construcción de un destino, tanto de los individuos como de los grupos, ligado en forma creciente con riesgos que se sobrellevan en forma deliberada y se asumen a cambio de beneficios conocidos de antemano y que aprovechan nuestra superioridad tecnológica frente a la naturaleza. Hasta aquí todo resulta inteligible. Después, el argumento se vuelve más oscuro y el lector nunca está realmente seguro de si para Beck es la naturaleza del riesgo o la de la sociedad la que ha sufrido el cambio.

En el texto hay varias confusiones específicas y muy importantes: 1) Lo “natural” contra lo tecnológico o artificial: seguramente en la era del SIDA debemos confesar que todavía estamos sujetos a los riesgos que se originan en la naturaleza. 2) En ese mismo tenor, acerca de un “nuevo” riesgo como el que representan “los contaminantes en los comestibles”: en la sociedad industrial, en general, el abasto de alimentos es mucho más seguro de lo que era antes desde que estamos protegidos contra las potentes toxinas de origen natural. 3) En el

mismo sentido, pero en términos de la declarada novedad de la dimensión global del riesgo: se estima que la explosión volcánica del monte Pinotaubo en las Filipinas arrojó una cantidad de partículas suspendidas en la atmósfera igual al total de la que puede imputarse a la historia mundial del industrialismo. ¿Y? 4) Riesgos y beneficios: Y en cuanto a los acontecimientos recientes, ¿acaso Beck se olvidó de escribir acerca de ellos? 5) La “amenaza tóxica”: aun cuando la expectativa de vida promedio en el mundo industrial continúa en aumento, persiste la presencia de “amenazas específicas”. Entonces, ¿a qué viene ese dato respecto al bienestar humano? 6) “Niveles aceptables” de riesgo: recursos tales como los pesticidas y las drogas (los antibióticos) y muchos otros químicos útiles (por ejemplo el cloro) son por naturaleza tóxicos y su utilidad depende de nuestra capacidad para especificar los niveles aceptables de exposición en los humanos, en otros animales y en el medio ambiente (pp. 64-69). Hay muchas otras objeciones que podrían hacerse a toda esta sección, la cual tiene todas las implicaciones de una mentalidad irracional de “cero-riesgo” que es indigna (y probablemente involuntaria) del autor. Estos ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente.

El problema principal no es solamente rastrear las generalizaciones y los escasos ejemplos justos, sino una falta de claridad acerca del objetivo. Pienso que Beck quiere escribir una diatriba contra el manejo del riesgo, y en particular, contra la manera como muchos expertos desean practicarlo, principalmente como un ejercicio de la racionalidad burocrática, la tecnocracia y el desdén por la percepción pública del riesgo.

### 3

Y si esto es lo que él desea atacar, muchas personas podemos coincidir con él (aunque la situación está cambiando). Pero lo que realmente hace es darnos una relación parcial, sumamente selectiva, del mal manejo de algunos peligros tecnológicamente inducidos, una relación que simplemente no puede ser generalizada. Aun más serio es el hecho de que Beck descuida casi completamente otra dimensión (excepto por algunas referencias casuales sin comentario, por ejemplo, sobre la mortalidad automovilística), principalmen-

te, riesgos voluntariamente inducidos. No hay una sola mención del uso del tabaco, el riesgo más grave para la salud en el mundo industrializado y el más veloz candidato para alcanzar esta posición aun en países “en desarrollo” tan pobres como China. Los individuos se han percatado de la magnitud de este riesgo sólo gracias a la ciencia de la epidemiología, la cual nos ayuda a superar el engaño intuitivo producido por un latente y largo periodo (20 años o más) en el cáncer del pulmón y otras enfermedades mortales causadas por el uso del tabaco. (En países industrializados es considerado una causa de muerte diez veces más frecuente que la siguiente causa de deceso más común, que son los accidentes automovilísticos.) ¿No es esto una “amenaza tóxica” de proporciones masivas? Y aun así toda esta categoría de riesgo no encaja cómodamente dentro de la superestructura del propósito del autor y de hecho amenaza con desmentirlo.

Debemos esperar que un pensador como Ulrich Beck, buscaría persuadir al lector de que, en efecto, ha escrito un libro y no tres, y que no nos decepciona (pp. 153-154) y que sostiene que tanto el riesgo como la individualización exhiben su unidad como dimensiones de “la modernización reflexiva de la sociedad industrial”. Ésta es la lógica: en la segunda fase de la sociedad industrial, los individuos están liberados de su propia inmersión inconsciente dentro de las determinaciones de grupo tradicionales y son desafiados a llegar a términos auto-conscientes (por ejemplo, reflejarse) con su relación inmediata hacia la sociedad. Al mismo tiempo, las primeras dimensiones latentes de los riesgos industriales productor-conductor son expuestas a la luz y pueden ser aprehendidas por lo que son, es decir, como problemas (*a*) formalmente constituidos en términos científicos y (*b*) como una “nueva fuente de conflicto y de formación social” (p. 99). Hay una bonita semilla de verdad aquí, pero insuficiente para preparar el suntuoso platillo que Beck hubiera deseado.

En este libro el todo es menos que la suma de sus partes: creo que la principal razón es que Beck, desde su perspectiva, no ha pensado en el riesgo con el suficiente cuidado, ni le ha dedicado el tiempo y esfuerzo necesarios para presentar una relación equilibrada de los intercambios entre los riesgos y los beneficios en las tecnologías industriales. (Muchos de éstos se convierten en asuntos enormemente complicados, especialmente cuando las controversias acerca de las

valoraciones del riesgo científico afloran y pueden requerir un elaborado tratamiento de estudio del caso). No obstante, en vista del poder y el rango de pensamiento que se muestra en este libro, esperamos que el autor vuelva sobre estos temas con nuevas ideas.